

Historia

LA OTRA HISTORIA

Hasta hace todavía no muchos años, la historia de nuestra Patria en compendios y libros de texto, y aun en volúmenes de alguna mayor extensión se reducía en su mayor parte a la narración más o menos verídica, y en ocasiones hasta fantástica, de la gesta guerrera de nuestra emancipación. O sea, que lo que dentro de su importancia trascendental ocupaba apenas una veintena de años, se sobreponía en extensión, —bajo la pluma de los autores de aquellas obras—, a los cuatro siglos corridos en la formación y desarrollo de nuestra nacionalidad.

Con semejante criterio, —llamémosle belicista—, se enfocaba también casi exclusivamente el período post-independencia, de casi dos tercios de siglo de intermitentes guerras civiles, algunas de éstas de prolongada y destructora duración.

Lo extraño del caso es que tanto los escritores de historias de este tipo, como los compiladores de páginas ajenas para formar aquellos libros de texto, todos unánimemente aceptaban en principio, o incluso estampaban en sus escritos la tan repetida frase, —justificadora o cohonestadora al menos de nuestro alzamiento independentizador—, de que a la hora en que las colonias españolas de América dieron su grito de independencia habían llegado ya a un estado tal de adelantamiento y desarrollo general, que el des-

membramiento de la metrópoli sobrevenía como un paso lógico y casi natural. Para los oradores de ocasión, la frase en cuestión se adornaba con la manoseada figura del fruto maduro que se desprende de su árbol creador; y para los poetas de los cantos heroicos les servía de latiguillo buscador del aplauso aquello otro, también tan manido, de los cachorros de la leona de Castilla...!

Pero a pesar de reconocerse así explícitamente que estas naciones habían llegado a suficiente madurez y desarrollo durante los tres siglos de la vida colonial, sin embargo en la práctica se negaba tal reconocimiento, puesto que al escribirse la historia apenas se dedicaban unos breves capítulos generales a toda la profunda y tesonera obra de formación integral de estas vastas regiones que un día se proclamaron independientes.

Más aún: al resumir así en breves capítulos, con cuatro rasgos superficiales, ese lapso de tres siglos, se ha dado también más importancia a las escaramuzas iniciales del primer siglo de la conquista, entre nativos y españoles, que al trabajo constructivo y superior que iba desde la formación material de pueblos y ciudades, hasta la organización social, política, religiosa y económica que brilló sobre todo, con tanto esplendor, —a pesar de sus graves defectos—, a lo largo del siglo XVIII.

Estos comentarios nos llevan de la mano a enfocar otra faceta, y sin duda la más fundamental, de los cuatro siglos de nuestra historia Patria, que en esos libros a los que nos venimos refiriendo, y aun en obras de mayor envergadura, ha quedado casi siempre sin el estudio y la exposición cabal que demandan de consuno la justicia y la verdad histórica. Nos referimos a la labor civilizadora, superior a toda otra, llevada a cabo por la Iglesia Católica. Nadie, sino los escritores que llevan ante sus ojos una oscura venda de prejuicios sectarios, podrá jamás intentar una explicación adecuada del origen y formación de los pueblos de América, —y en concreto de Venezuela—, sino se toman en cuenta los trabajos de la Iglesia Católica y se les da el valor de primerísima importancia que históricamente les corresponde.

Las Historias Generales de Venezuela hasta hoy escritas puede decirse, que han hecho un caso, si no omiso —porque a tanto hubiera sido extravagante llegar—, al menos sumamente secundario de la intervención de la Iglesia en la

formación de nuestra Patria. Y eso a pesar de lo básica y de lo insustituible que dicha intervención ha sido.

La mayor parte de esas Historias, como quien da a la Iglesia la limosna de una migaja de espacio en sus páginas, suelen referirse, comúnmente, a dos tópicos. Uno de tanto bulto, que sería torpeza supina pasarlo por alto: el de la labor misionera desarrollada por diversas Ordenes Religiosas en todas las zonas de nuestro territorio, para la reducción de los nativos a la fe y civilización cristianas. Unos cuantos nombres, algunas fechas más o menos exactas, y la división territorial de las principales misiones; a esto suele reducirse este primer tópico. El otro lo forman las referencias rápidas, esparcidas acá y allá, acerca de méritos personales de tal o cual personaje de la Iglesia que llevó a cabo algún acto u obra de beneficio colectivo, o que brilló en alguna ciencia o arte.

Aparte de esos dos tópicos, nuestras Historias suelen incluir también el relato de algunos episodios de carácter conflictivo, y algunos muy dolorosos, entre el poder civil y la Iglesia; y regularmente la manera de exponer dichos episodios, y el juicio que de ellos se emite, no ha solido ser modelo de equidad histórica.

Es de advertir que de algunos años a esta parte, al compás de una revisión serena y documentada de aspectos concretos de toda nuestra historia, llevada a cabo por investigadores y profesores de innegable prestigio y honradez, ya se ha ido dando cabida mucho más considerable, en programas, tesis y aun libros de la materia, a puntos de mucha trascendencia que los encuentros de los españoles con las tribus y caciques de la época de la conquista, o que las acciones de guerra durante la Independencia o en los años de las largas contiendas civiles. Cada día se va fijando más la atención en el estudio y exposición de las actividad integral de un pueblo en formación; tanto en lo político como en lo social, en lo económico como en lo cultural, etc.

Pero, en esta acertada y necesaria revisión y reorientación del estudio de la historia Patria, todavía no ha llegado a darse la plena importancia que en justicia le corresponde, a la intervención sustancial y específica que en posición diríase, privilegiada y providencial tuvo la Iglesia Católica desde un principio en la formación y vida de la Patria.

La historia de la Iglesia en Venezuela, —como cabe decir igualmente de las demás naciones brotadas del tronco ibe-

ro—, forma parte sustancial de la historia de la nación. Pero no como algo injertado o incorporado, por razón de ciertas actividades de importancia innegable; sino como parte sustancial, de elemento primario, en la formación del cuerpo y del alma de los pueblos y provincias que un día constituyeron las presentes naciones.

Afortunadamente, aun cuando en Venezuela no se ha escrito todavía ninguna historia general de acuerdo con este criterio de verdad y de justicia, contamos ya con algunas obras que estudian temas generales o particulares de nuestra historia eclesiástica, las cuales habrán de ser de insustituible utilidad a quienes en un futuro, que deseamos no muy lejano, emprendan la tarea de escribir esa necesaria Historia completa.

Entre esas obras, no dudamos de señalar como básica, y hasta hoy la más eminente en su género, la que con el título de "ANALES ECLESIASTICOS VENEZOLANOS" sacó de las prensas, hace pocos meses, en Segunda Edición, su autor el Excmo. Sr. Dr. Nicolás E. Navarro. (1)

La primera edición de tan útil cuanto interesante libro apareció en 1929. Pero su distinguido autor no se contentó con entregar sus páginas al público, recoger los justos laureles de su trabajo, y dejar que la obra envejeciese y pasase a la posteridad con los únicos méritos de esa primera aparición.

Monseñor Navarro, a quien siempre se le ha reconocido una asidua dedicación al estudio, y que como historiador sabe llevar su acuciosidad hasta los últimos pormenores de la investigación, conservó muy a mano esa primera edición de los "ANALES", y a medida que ulteriores investigaciones le proporcionaban nuevos datos, fuélos incorporando a la páginas del libro para que viviesen la vida de éste, y para que a su vez ellos le prestasen mayor solidez y lozanía.

Y de esta manera, en el transcurso de menos de un cuarto de siglo, se prepara y sale a luz la presente Segunda Edición, a la que con toda verdad se le ha puesto en la portada la frase: "Corregida y considerablemente aumentada". Y el aumento ha sido nada menos que de más de ciento sesenta páginas, que por sí solas hacían volumen suficiente para un libro.

(1) ANALES ECLESIASTICOS VENEZOLANOS, por Monseñor Nicolás E. Navarro. Segunda Edición, Caracas. Tip. Americana, 1951, 579 págs.

Pero a pesar de tan considerable aumento, la obra ha conservado su misma estructura inicial sencilla; de manera que todo el material de esas nuevas páginas ha pasado a formar un todo con las páginas de la primera edición, completando y ampliando puntos de gran interés e importancia.

Desde un principio explicó el ilustre autor cual era el alcance de su obra, calificándola con exactitud de "primer ensayo de historia general de la Iglesia en Venezuela", según leemos en el Prólogo Galeato de la primera edición, reproducido en esta segunda.

Aun cuando en la narración de los hechos se sigue por un riguroso orden cronológico de los Obispos y Arzobispos de la diócesis Coro-Caracas, —madre de todas las otras sedes venezolanas—, el trabajo no se limitó a un mero episcopologio, como ya se deja entender con sólo advertir que estamos ante un volumen de casi seiscientas páginas.

Ese orden cronológico episcopal sirvió de marco preciso y claro, para agrupar en torno a los sucesivos Obispos y Arzobispos, todos aquellos datos hasta hoy conocidos y de alguna importancia en el desarrollo de la vida eclesiástica y religiosa en nuestra Patria.

Sin embargo, el mismo autor hace constar en el Prólogo de esta nueva edición, que a pesar del considerable aumento que ha sufrido el texto, no se han traspasado los límites ni se ha excedido el plan de la primera edición, y que "todavía queda en pie el sentimiento expresado en el Prólogo anterior de no haber acometido en toda su amplitud la narración histórica que fuera deseable".

Puede pues afirmarse que, en estos "ANALES" encontrará el lector consignados todos los hechos de carácter eclesiástico que hasta el presente hayan sido objeto de investigación, y se hallaban dispersos en escritos de diversa índole y criterio.

Pero al agrupar y ordenar todo ese material, tuvo buen cuidado Monseñor Navarro, como diligente historiador, en hacer no una mera compilación; sino que procedió con criterio verdaderamente científico a la revisión minuciosa de cuantos datos, afirmaciones y juicios se habían ya impreso y divulgado por otros escritores, para ratificarlos, cuando los hallaba conformes con la verdadera historia; o para rectificarlos en caso contrario; o finalmente para ampliarlos a la luz de sus cuidadosas investigaciones personales.

Pero en esta segunda edición aparece muy de relieve, ya desde las primeras páginas, la labor de revisión y de nuevas y acuciosas investigaciones que han completado en forma definitiva el cuadro de las actuaciones de algunos Prelados.

Empecemos por citar todo lo referente al 2º, 3º y 4º Obispos de la primitiva sede de Coro. Apenas unas cuatro páginas era lo que traía la Primera edición, dadas e instituciones que desarrollaron la referentes a esta materia. Y ahora nos encontramos con más de veinticinco nuevas páginas, en las que se nos habla ampliamente de Don Miguel J. de Ballesteros y de Fray Pedro de Agreda, segundo y tercer Obispo respectivamente. El último de los nombrados solía hasta ahora incluirse en cuarto lugar, porque para tercero habían venido citando los cronistas e historiadores pasados a un tal Don Bartolomé, de quien sólo se tenían referencias muy poco precisas. Mons. Navarro se propuso estudiar el asunto a fondo, y logró hacer luz sobre lo que con toda propiedad titula ahora en su libro "El mito de Don Bartolomé". Ha sido una incansable pesquisa la del fino historiador que ha puesto en claro este viejo mito biográfico; pues no existió tal Obispo Don Bartolomé; y todo el error había partido del texto mismo del registro consistorial de la Cancillería Apostólica, en Roma, en el que el amanuense al hablar del nombramiento de Fray Pedro de Agreda para sucesor del Obispo Ballesteros, confundió el nombre de este último, y copió en vez del legítimo que era Miguel Jerónimo, el de "Bartolomé" que nada tenía que ver con Ballesteros. El proceso de investigación histórica para esta definitiva conclusión, es interesante, y se lee con gusto la narración que de ello nos hace el historiador.

Despejada esa leyenda de "Don Bartolomé", queda establecido que el tercer Obispo venezolano fué el dominico Fray Pedro de Agreda, que hasta ahora venía figurando en cuarto lugar. Muchos nuevos datos encontramos referentes a este ilustre Prelado, a quien sobre todo se recordará siempre por haber realizado el primer Sínodo Diocesano de Venezuela.

Al encontrarnos más adelante con la figura del duodécimo Obispo, —que fué el tan discutido y contradicho Don Fray Mauro de Tovar—, vemos ampliado en más de veinte nuevas páginas, el estudio que en la Primera Edición apenas sabía de siete. Ahora podemos leer, con

sobra de documentos bien extractados y analizados, todo aquel continuado y desagrado altercado, que ha solido llamarse de las "competencias", y que no fué otra cosa sino la extralimitación de facultades y la ingerencia en asuntos ajenos a su jurisdicción, lo cual trajo como consecuencia desarmonía y roces con el Gobernador y demás autoridades de la Provincia. Pero frente a sucesos tan lamentables, que Monseñor Navarro expone con toda objetividad, deja asimismo constancia de que "fuesen cuales fueran las impetuosidades de Fray Mauro de Tovar (debidas tal vez en gran parte a la aspereza de los tiempos) ellas no le arrebatarán jamás su benemerencia como primer fundador del Seminario de Caracas y como padre de su pueblo en el desamparo a que lo redujo el formidable terremoto de 1641" (pág. 138).

Asimismo, al revisar las páginas que nos hablan del insigne Obispo González de Acuña, vemos que en la presente edición sí se ha consignado el hecho, ya citado por otros historiadores, de haber sido este Prelado quien benefició a la ciudad de Caracas con la introducción del agua potable. Pero en cambio nos hubiera gustado encontrar una relación un poco más extensa de los empeños del mismo González Acuña para el desarrollo cultural y material del Colegio-Seminario de Santa Rosa, base de la futura Universidad. Pues fué este Prelado quien en realidad puso en marcha aquel importante instituto, que su antecesor el Obispo Tovar sólo pudo planear.

También una mayor extensión nos parece que habría convenido, en torno al mismo tema del Colegio-Seminario, al hablarse del Obispo Baños y Sotomayor, a cuyo celo y cultura se debió la definitiva organización de dicho Colegio, así como el establecimiento de los Estudios Mayores, y otras importantes mejoras.

Casi por los mismos años en que empiezan a sentirse los primeros movimientos emancipadores, coincide la elevación de la sede caraqueña a Arzobispado. Viene una etapa histórica en extremo delicada, en la que los Prelados habrán de desplegar una prudencia y un celo nada comunes, para administrar todo su poder espiritual y la marcha de la Iglesia, mientras dos potestades civiles alternativa y aun simultáneamente, estarían ejerciendo el poder temporal en medio de una lucha incesante, sangrienta y a veces hasta feroz.

Lo dificultoso de este período y el ambiente de dramatismo en que se desa-

rolla, exigían del historiador objetividad y precisión en el orden y apreciación de los hechos, al mismo tiempo que vigor e interés en la narración. Y ciertamente las páginas que corresponden a este período en los "ANALES", son tal vez de las que mejor cautivan la atención del lector. El cuadro preliminar que con el título de "In limine belli", abarca los sucesos del 19 de abril de 1810, y las actuaciones del Canónigo Madariaga, está trazado con viveza y concisión. Síguese luego, el magistral capítulo sobre la actuación del meritisimo Arzobispo Coll y Prat. Tema éste que también ha sido ampliado notablemente por Monseñor Navarro, con casi treinta nuevas páginas añadidas al texto de la Primera Edición.

No todo fué paz y armonía una vez conquistada la independencia. Aún se siguieron momentos graves y dolorosos en el desarrollo de la vida eclesiástica venezolana. Los dos episodios de mayor gravedad, durante los Arzobispados de Monseñor Ramón I. Méndez y de Monseñor Silvestre Guevara y Lira, fueron conflictos político-religiosos, que el historiador Monseñor Navarro nos relata con toda objetividad. Pero en esta Segunda Edición de su libro, hemos notado numerosas añadiduras de párrafos y de páginas completas que vienen a añadir nueva luz al análisis y juicio de aquellos sucesos tan críticos, y de sus inevitables cuanto deplorables consecuencias.

Es muy de lamentar que algunos escritores extranjeros, y aun venezolanos, no hayan tomado la debida cuenta de lo que con tanta ponderación y documentación queda escrito en estos "ANALES" con respecto a aquellos graves conflictos político-religiosos; y que así se sigan repitiendo periódicamente afirmaciones, apreciaciones y un infundios que han sido ya debidamente analizados o pulverizados por una crítica sensata y objetiva. No nos explicamos, por ejemplo, como el historiador norteamericano George S. Wise, autor del libro "CAUDILLO. A portrait of Antonio Guzmán Blanco", publicado en 1951, (con Prólogo del Dr. Arturo Uslar Pietri), a pesar de la extensa y aun secundaria bibliografía que utilizó para su trabajo, no llegó a conocer ni este libro de "ANALES ECLESIASTICOS VENEZOLANOS", ni su complementario "El Arzobispo Guevara y Guzmán Blanco", tan indispensables ambos para el atinado estudio de uno de los puntos más difíciles en la vida del Presidente Guzmán.

(Continúa en la pág. 227)

del Cardenal Spellman, que vemos más arriba, están dentro de un marco de madera, junto con la mitra, la cruz procesional con dos travesaños y el báculo del Obispo. Todo esto está debajo del sombrero pontifical del cual penden quince borlas de cada lado. Las borlas tienen un color escarlata e indican que el portador es un Cardenal de la Iglesia Católica Romana.

Las armas exteriores de un Arzobispo (podemos ver arriba las armas del Arzobispo Lucey) se parecen mucho a las de un Cardenal con la diferencia de que tienen sólo diez borlas en cada lado del escudo y de que el sombrero pontifical y las borlas son de color verde. Si nos fijamos en el escudo de armas del Obispo Fletcher, que también aparece arriba, podemos ver que la cruz procesional de un Obispo tiene un solo travesaño y que de la misma manera el número de las borlas verdes que penden de cada lado del sombrero queda reducido a seis.

Podemos de igual modo reparar en el escudo de armas de un prelado doméstico que aparece también arriba, que las borlas en este caso son iguales a las de un Obispo. Pero veremos que en este escudo no aparecen ni la mitra, ni la cruz procesional, ni el báculo del Obispo. Además en este escudo el color del sombrero y de las borlas es púrpuro. Un monseñor que sea camarero papal y no prelado doméstico tendrá un escudo de armas como el que aparece arriba al lado del escudo del prelado doméstico. Ese escudo tendrá un número menor de borlas pero el color sí será púrpura como el del prelado do-

méstico.

Si el prelado es un ordinario con el cargo de una diócesis o vicariato, en ese caso las armas personales del prelado se destacarán del lado derecho del escudo. Las armas de la jurisdicción, así sea diócesis o vicariato, aparecerán cercadas a la izquierda. (Esto se puede comprobar en los escudos del Cardenal Spellman y del Arzobispo Lucey). Un coadjuto o un Obispo auxiliar exhibe tan sólo sus armas personales en todo el escudo, porque él goza tan sólo de una jurisdicción delegada. (Puede verse el escudo del Obispo Fletcher).

Las reglas que rigen estos ornamentos se derivan tanto del Papa como del Vaticano en Roma.

(No está demás el aclarar que el Obispo Fletcher, que es ahora Ordinario en Little Rock, era sólo Obispo Auxiliar de Little Rock cuando se dibujaron los escudos de armas que aparecen en este artículo).

Aquel que en definitiva se decida a convertirse en un experto en la heráldica tiene ante sí un camino trazado. Ha de saber de antemano que le esperan largas noches y días de lectura en libros cuyas páginas están amarillentas, cuyas páginas por la deficiencia del tipógrafo, distan mucho de poseer un tipo ameno de lectura. No está de más que sepa que a los pocos meses de esa lectura se verá precisado a visitar a un oculista ante la urgente necesidad de unos bifocales. Y bueno es que se prepare a cargar con libros de un peso y tamaño igual al suyo propio.

(Continuará)

(La Otra Historia - Viene de la p. 217)

En conexión con este espinoso asunto Guevara-Guzmán, ha sido un acierto incorporar ahora al texto de los "ANALES", el apéndice de "Complementos y Aclaraciones", que es un resumen de toda una nueva e interesantísima documentación, obtenida posteriormente a la publicación del libro "El Arzobispo Guevara y Guzmán Blanco".

Por último debe mencionarse otro aumento de más de quince páginas, en las que aparece una semblanza sobria y cuy acabada del ilustre Arzobispo Monseñor Juan Bta. Castro.

Ciertamente, todo el material acumulado y ordenado en esta Segunda Edición, tan ampliada, de los "ANALES ECLESIÁSTICOS VENEZOLANOS", es un adelanto insustituible de la obra completa

de historia de la Iglesia en Venezuela, que un día habrá de hacerse. Al ampliarse el marco, sacándolo de la sola sede caraqueña, y abarcando otras actividades y manifestaciones religiosas además de las meramente episcopales, se tendrá esa Historia que el mismo Monseñor Navarro siente no haber podido acometer.

Quiera Dios concedernos que un día veamos realizada esa justificada aspiración. Entretanto, celebremos la aparición del libro que hasta aquí hemos comentado, que recomendamos ampliamente a nuestros lectores que obra que a todos habrá de interesar mucho, y cuyo envío a esta Redacción agradecemos muy cordialmente al distinguido autor.

Pedro P. Barnola, S. J.